



“Madre de Chenalhó protesta por su hijo abaleado”. John Paul Gallagher (*Interstices*, 2006 –con permiso del autor)

INTRODUCCIÓN*

A casi cien años del inicio de la Revolución Mexicana, con la sombra de su estatización a lo largo del siglo veinte, pero también bajo el influjo positivo de su vigor contestatario cultural, social y político, su sentido ulterior sigue siendo tema de debate. Intelectuales y académicos no dejan de volver la mirada para reconocer en sus testigos, sus exegetas, sus actores, el rostro de la contemporaneidad mexicana. Es claro que la Revolución constituyó, y fue constituida por, una cultura letrada heterogénea y contradictoria. Este número tiene el especial propósito de retomar la relación de la Revolución Mexicana con esta cultura letrada a través de doce estudios de diversa intención metodológica.

El número da inicio con un estudio sobre Salvador Díaz Mirón, poeta de la época porfiriana cuyo desenlace posrevolucionario ha sido interpretado como vergonzoso en términos políticos, y estéril, en términos literarios. Frente al argumento más generalizado que explica esta esterilidad literaria como una excesiva búsqueda formal que alejaba al poeta de su tiempo y de su legado romántico, Pablo Piccato demuestra precisamente lo contrario: la respuesta poética de Díaz Mirón a los años posrevolucionarios fue coherente con su creencia romántica en la unidad del arte y la vida. El estudio de Piccato expone de qué manera Díaz Mirón siguió este precepto para reinventarse en la poesía, tanto en sus años de gloria como en el aparente silencio del final de sus días. Así, la efigie del hombre público y del poeta que siente nostalgia de un pasado heroico, igualmente ficticio a tanto de ser inventado, y cuya genialidad patológica es asumida bajo la incomprensión de la era posrevolucionaria, evidencia, según Piccato, el éxito de su figuración romántica. Finalmente el silencio no era suyo sino del entorno que ya le era ajeno.

* Nos gustaría agradecer a los editores de la *RCLL* todo el apoyo que nos brindaron para la realización de este número especial. A.P.F. y V.M.

A partir de un contexto que explica las fracturas ideológicas originadas por la revolución en la ciudad letrada del Porfiriato, Adela Pineda aborda la narrativa de Martín Luis Guzmán del segundo exilio con una consideración en mente: la distancia crítica del exilio le proporciona a Guzmán una arena para plantear la manera en que el intelectual ateneísta, encarnado en su persona, enfrenta y asume la revolución mexicana. El exilio posibilita el relato de los acontecimientos revolucionarios como experiencia propia sin sacrificar la distancia crítica y ética que la praxis puede poner en riesgo. Para llevar a cabo su análisis, Pineda exhuma las crónicas de opinión así como los episodios que conformarían *El águila y la serpiente* y *La sombra del Caudillo*, y que Guzmán publicó en el diario tejano *La Prensa*. El análisis se asienta en la reconstrucción hemerográfica de la narrativa de Guzmán destacando la importancia de este periódico como espacio paradigmático del intelectual exiliado.

Horacio Legrás analiza las memorias de José Vasconcelos, otro miembro del Ateneo de la Juventud, para cuestionar la idea generalizada de su personalidad política contradictoria, y poner al descubierto su coherencia argumentativa en la exposición de la imposible reconciliación entre el estado estético y la *praxis* política. Legrás muestra de qué manera el arielismo, en tanto crítica al utilitarismo anglosajón, se convierte indirectamente en el vehículo que le devela a Vasconcelos los límites de su estética humanista, la cual está ya atravesada por el agonismo político que busca superar. La lectura de Legrás también expone el proceso a través del cual Vasconcelos intenta moralizar la *praxis* política con una inversión de la jerarquía entre medios y fines, y que lo lleva a la conclusión de que la moral y la política son irreductibles. Con el principio hegeliano de que humanidad es acción, Vasconcelos cuestiona finalmente la solución kantiana a esta irreductibilidad; la actitud intelectual contemplativa que celebra la acción revolucionaria pero a la vez cuestiona su amoralidad, no es finalmente una salida plausible para el intelectual mexicano. La escritura memorialista es entonces el reducto de Vasconcelos para plantear la imposible superación del agonismo político.

Si los enfoques anteriores tienden a resaltar la vocación política de los intelectuales frente a la revolución, y a destacar el discurso literario de estos intelectuales como una estrategia para salvaguardar su autoridad discursiva, Juan Pablo Dabove propone, con el caso de José Revueltas, una relación diferente del intelectual con la literatura. Dabove lee a Revueltas en relación a la cultura intelectual latinoamericana de izquierda de las décadas del treinta y cuarenta que representaba la insurgencia campesina bajo los criterios provenientes del marxismo, y que le otorgaba al intelectual la certidumbre

discursiva. Con su aproximación a *El luto humano* y *Los días terrenales*, Dabove sitúa a Revueltas a contracorriente de esta tendencia de época. Más allá de su innegable posición ética como ideólogo de izquierda en la esfera pública, Revueltas encuentra en la literatura una forma de plantear el problema epistemológico central del intelectual posrevolucionario: la representación letrada del campesino insurgente y de su emblema, el bandido. Dabove sugiere que en estas novelas, el encuentro del intelectual con el bandido destruye las certidumbres letradas, y que esta pérdida de certeza se convierte en el principio mismo de la representación novelística. Es a partir del análisis de esta representación ruinosa, desprovista de la sabiduría pre-existente del intelectual, que Dabove revalora la obra literaria de José Revueltas.

La relación entre el intelectual y el campesino subalterno es retomada desde la perspectiva de los estudios queer por Ben Sifuentes-Jáuregui en su estudio sobre *Los de abajo*, de Mariano Azuela. Sifuentes-Jáuregui explica como Azuela proyecta en el cuerpo del revolucionario Demetrio Macías el idealizado potencial revolucionario de la nación. Este ‘cuerpo nacional’ de Demetrio Macías se contrasta con otro, el del joven letrado Luis Cervantes, apodado ‘curro’ por los revolucionarios y, por ende, marcado como diferente, como queer. A través de este análisis, Sifuentes-Jáuregui se interroga sobre el rol del intelectual queer en la formación del México revolucionario, cuestionando la única posibilidad de participación que ha tenido el intelectual queer en el proyecto nacional: la afirmación de la intelectualidad pura y la negación del cuerpo.

La relación del intelectual con la revolución mexicana no es privativa de la ciudad letrada nacional. Brian Gollnick estudia un caso de recepción internacional, el del escritor y periodista John Silas Reed. Para llevar a cabo su análisis de *México insurgente*, Gollnick retoma un concepto evocativo de esos gestos vitales que le dan otro sentido a la Historia: el concepto de ‘intensidad’ de Jorge Aguilar Mora. Gollnick propone que la narrativa ‘intensa’ de Reed funciona como una poética de la solidaridad. Al adentrarse en la revolución de un país que no es el suyo, Reed interpela al lector con sus íntimos retratos de los heroicos soldados comunes. Gollnick argumenta que en esos momentos de intimidad, la identidad narrativa de Reed se cruza con las aspiraciones revolucionarias de la tropa que acompaña. Es en la promesa utópica de la revolución, y en la violencia bélica que suspende la normalidad cotidiana, que se da la convergencia entre la voz del autor y la voluntad subalterna.

Si Gollnick ofrece a los lectores de este volumen un contrapunto al énfasis en el estudio del canon nacional, Robert Herr nos muestra

una veta poco conocida para los estudiosos del campo literario al retomar una publicación que fungió como vehículo de diseminación ideológica para el discurso marxista y el muralismo pictórico. La lectura “menor” de Herr estriba en su elección de abordar la magra sección literaria que le brinda el periódico *El Machete*. Herr también resalta la agencia intelectual y estética de una asidua colaboradora: Graciela Amador, periodista opacada, como muchas mujeres de la época, por su pareja, el muralista David Alfaro Siqueiros. El rescate de Herr tiene varias consecuencias de utilidad futura. Al adentrarse en los géneros (fundamentalmente cuentos y corridos), las temáticas (la alienación de la clase obrera y minera), los estilos (la influencia del realismo socialista) y los propósitos (hacer de la clase trabajadora una clase consciente de sí misma a partir de los postulados marxista-leninistas) de la publicación, Herr constata que esta intelectualidad marxista veía la revolución como un proyecto inacabado y, por ende, se manifestaba crítica de las políticas del estado callista. Del estudio de Herr también se deduce el esfuerzo por internacionalizar el discurso literario marxista de la revolución.

Como Graciela Amador, Antonia Bonifant López, alias Cube Bonifant, es también un nombre olvidado en los periódicos de los años veinte. Viviane Mahieux se da a la tarea de rescatar a esta escritora del olvido, primordialmente para señalar la ausencia de representatividad femenina en los debates sobre la literatura nacional, y también para entender la confluencia de la naciente cultura de masas y de la literatura. Mahieux analiza el *habitus* que caracterizó a la generación de Bonifant, una clase media y provinciana venida a menos con la revolución, que encontró en la bohemia, en el autodidactismo y en el periodismo una forma de hacer literatura. Mahieux se acerca a la prolífica práctica cronística de esta escritora, particularmente a su manejo creativo y crítico de la retórica decadente para explorar sus estrategias de inserción en el campo cultural como moderna escritora profesional. Mahieux destaca que Bonifant no logró la consagración literaria, y argumenta que la cronista quedó excluida de los grandes debates literarios debido en parte a la identificación de lo femenino con la naciente cultura de masas. La literatura tildada de “afeminada” se suponía efímera y sentimental, y se vinculaba más al mercado de bienes culturales que a la herencia ilustrada y racionalista de una esfera pública de sociabilidad eminentemente masculina.

Como Herr y Mahieux, Catalina Donoso también retoma el estudio de la participación femenina en la cultura letrada posrevolucionaria. Pero a diferencia de estos enfoques culturalistas, el de Donoso es un enfoque literario. Al igual que Dabove, Donoso ve en la literatura un discurso alternativo a la interpretación histórica. Su lectura de

los breves relatos de *Cartucho: Relatos de la lucha en el Norte de México*, de Nellie Campobello, hace uso de la teoría de la representación fotográfica, y destaca un aspecto crucial de la obra de Campobello: la 'austeridad narrativa'. Donoso muestra cómo el depuramiento del relato le otorga mayor fuerza evocativa a la pequeña historia, narrada desde la marginalidad de la infancia. Narrar un episodio íntimo y a la vez nacional, como lo fue la revolución mexicana, a través de una visión fragmentada como la fotográfica, es una forma de capturar la violencia de la revolución en toda su crudeza cotidiana. En este sentido, Donoso sitúa los relatos de Campobello fuera del alcance narrativo de la intelectualidad letrada. El estudio de Donoso pasa del análisis de la visualidad del retrato a la oralidad de la historia colectiva; Donoso concluye que *Cartucho* es un coro de conversaciones fragmentadas y que componen una visión alternativa de este acontecimiento nacional.

Con el objeto de dar un contexto más amplio al estudio de figuras intelectuales individuales y a publicaciones menores como *El Machete*, el volumen también incluye ensayos que abordan la relación entre la política, la literatura y la sociedad en el México post-revolucionario. Ignacio Sánchez Prado retoma parámetros metodológicos provenientes de Pierre Bourdieu para observar la conformación del campo literario en el México de los años veinte, centrándose en el conocido debate de 1925 sobre el lugar de la literatura en la vida nacional. Sánchez Prado propone que los bandos implicados en el debate tenían tendencias ideológicas diversas y que la legitimidad del campo literario se argumentaba, paradójicamente, en relación a su capacidad de criticar al Estado. Sánchez Prado desarrolla esta hipótesis a través de la apropiación que los nacionalistas hicieron de *Los de abajo*. Asimismo argumenta los procesos de institucionalización literaria, destacando la figura de Francisco Monterde.

Por su parte, Fernando Fabio Sánchez analiza las posiciones que adoptaron los dos grupos de vanguardia más representativos, Estridentistas y Contemporáneos, frente al arte y la literatura. Su ensayo aborda las dos principales polémicas que galvanizaron a la intelectualidad mexicana (1925 y 1932), postulándolas como momentos fundacionales en la formación de las principales vertientes de la intelectualidad literaria del México moderno. El autor enfatiza las diferencias entre ambos grupos; si inicialmente compartieron el afán de experimentación formal y la voluntad renovadora, pronto se diferenciaron en cuanto a su reacción frente a la corriente formativa del arte nacional que postulaba como su centro a la revolución. Este ensayo aporta una detallada lectura de la estética de los Contemporáneos, destacando cómo la separación de este grupo del nacionalismo cul-

tural responde a su necesidad de situar la crisis poética y narrativa como un punto de partida para la reflexión crítica.

Finalmente hemos decidido incluir en este número “Novela sin joroba”, ensayo de Jorge Aguilar Mora originalmente aparecido en 2007 como prólogo a la novela *Se llevaron el cañón para Bachimba*, de Rafael F. Muñoz en la edición de Era. La inclusión en éste número de un ensayo anteriormente publicado tiene varias justificaciones. Con la prosa sensata de Aguilar Mora, buscamos ofrecer un homenaje a un género relegado por el artículo académico: el ensayo de ideas de la tradición crítica latinoamericana que el fundador de esta revista, Antonio Cornejo Polar, tanto apreció. Gracias a esta libertad ensayística, Aguilar Mora logra exponer de manera amplia y contundente los imperativos del tema que nos ocupa en este número: la valoración de la historia, la literatura y de la relación entre ambos campos. La lectura de una novela poco conocida, escrita por un autor asimismo postergado por la crítica, posibilita un replanteamiento de lo que trilladamente se conoce como “Novela de la Revolución”. Aguilar Mora propone leer las novelas identificadas con esta etiqueta en el contexto general de la literatura mexicana y latinoamericana, no para valorar una legitimidad *a priori* de lo literario, sino para resaltar esos rasgos que las hacen dignas de ser leídas como discursos hermenéuticos de la realidad.

Si bien hemos presentado en diversos artículos la complicidad de la ciudad letrada con el poder político en su afán de institucionalizar la Revolución Mexicana como discurso fundacional del México moderno, Aguilar Mora invita a desviar la mirada hacia aquellas obras en las que aún late otra cara del legado revolucionario: la rebeldía como descentramiento de los poderes indiferenciadores del Estado, de la Sociedad, de la Literatura. La auto-conciencia narrativa de la novela de Muñoz y su intensidad vital para comprender la posición existencial de los participantes en los hechos históricos, son razones suficientes para reivindicar el lugar preponderante de este escritor en la narrativa latinoamericana. A través de su incursión en la lectura literaria, Aguilar Mora encuentra en el legado de la revolución, no el montón de piedras de una vetusta historia nacional, sino la vivencia de una lucha de múltiples dimensiones y de infinitos sentidos. Sin duda, el legado más valioso de la ya añosa Revolución Mexicana radica en el mensaje más significativo de *Se llevaron el cañón para Bachimba*, que Aguilar Mora condensa con estas palabras y que retomamos como punto de entrada a éste número: “La única vida posible no necesita símbolos, necesita la desnudez de la realidad”.